

ESTUDIOS ARTISTICOS.



SEGUNDA SERIE.—1837.

La mujer de Velázquez: cuadro del mismo.

AÑO XV. 18.



## LA MUJER DE DON DIEGO VELAZQUEZ.

Este retrato está designado en el catálogo del Museo de Madrid, publicado en 1815, como pudiendo ser el de la mujer de Velazquez. Ninguna biografía de este grande artista dice que Velazquez haya pintado el retrato de su mujer. Ninguna noticia tenemos de que esta mujer fuese artista; sin embargo, la plancha que tiene el retrato que damos á nuestros lectores parece designar que era grabadora. En esta duda estábamos, cuando recorriendo la galería de Velvedere, hemos hallado en ella un cuadro en que Velazquez está rodeado de toda su familia, y hemos notado que el retrato que en él se halla de su mujer, tiene una singular semejanza con el que presentamos hoy. Pensamos, pues, que la suposición del catálogo del Museo que dice: Núm. 320. *Retrato que se cree ser de la mujer del autor. — Vista de perfil con manto amarillo*, sea cierta.

¿Cómo se llamaba esta mujer de Velazquez? ¿De quién era hija? Esto es lo que solo podemos saber por la lista de la galería de Velvedere.

Llamábase Juana Pacheco; era hija de Francisco Pacheco, pintor de historia y retratos, segun Cean Bermudez.

El museo del Louvre posee algunos cuadros admirables de Velazquez; pero que solo le dan á conocer como retratista. El mas hermoso entre ellos es el grupo de trece personajes, entre los cuales se cree reconocer los artistas amigos de Velazquez, entre ellos su discípulo Estéban Murillo.

Madrid posee obras de todo género, pintadas por este gran maestro: flores, frutas, animales, paisajes, cuadros de historia sobre todo, sabiéndolos pintar con un talento admirable. Se lee con este motivo en las obras de Mengs un pasage muy curioso sobre la fidelidad de Velazquez en trasladar todos los asuntos, y sobre el talento que desplegaba en la distribución de la luz.

«¿Qué verdad, dice, y qué inteligencia en el claro oscuro de las obras de Velazquez! ¿Qué superioridad en dar

efecto al espacio interpuesto entre los objetos! ¿Qué escuela para todo artista que quiere estudiar en los cuadros de las tres épocas de este maestro que ha seguido para llegar á una imitación tan exácta de la naturaleza! El Aguador de Sevilla nos prueba claramente cómo se limitaba este pintor á imitar á la naturaleza, uniformando todas las partes, dándolas la entonación que ha creído ver en su modelo, y haciendo conocer la diferencia esencial que se encuentra entre los objetos alumbrados por la luz y los que están á la sombra, y con qué severa imitación de la naturaleza se ha formado un estilo admirable.»

En otra parte añade Mengs:

«Velazquez dió una idea mas exacta todavía de la naturaleza de sus cuadros en las Hilanderas, que es su último estilo, y mano de artista no parece tener parte en la ejecución de aquella obra. Parece la creación de un acto puro de la voluntad, y puede decirse que es una creación única en su género.»

Además del talento personal y el gran número de cuadros que un pintor puede ejecutar, necesita otra cosa para adquirir una fama inmortal: necesita un grabador que reproduzca sus obras y que multiplicándolas con fidelidad, las derrame por todas partes poniéndolas al alcance del mayor número de aficionados. El único artista que ha sabido verdaderamente hacer apreciar á Velazquez en su justo valor, vivía dos siglos despues y se llamaba don Francisco Goya. Este artista, nacido en 1760, grabó, copian-do de Velazquez, un cierto número de cuadros ejecutados con una gracia y un color admirables. Su esposa, entre otros, que grabó en 1778, reproduce con perfecta verdad, el colorido de los cuadros de Velazquez.

Ademas, no es fácil grabar las obras de los pintores españoles. Su género de pintura es muy difícil de imitar. El grabador, que no tiene mas que un solo y uniforme color, experimenta obstáculos sin número para reproducir estos luminosos maestros; y si Velazquez no ha tenido mas que un Goya para reproducir dignamente sus obras, debe tenerse por muy feliz, pues es el solo de sus compatriotas que á tenido esta ventaja, á escepcion de los que ellos mismos se han grabado sus obras.

## ESTUDIOS MORALES.

### EL MENDIGO.

«Soy un pobre mendigo. La noche estaba muy adelantada y no se encontraban ni carruages ni gentes por la calle; lodo dormía en Madrid.

Me retiraba lentamente á mi barrio abismado en las mas tristes reflexiones. Me hallaba sin recursos: habia gastado toda buena voluntad de mis amigos, y me hallaba en aquel grado de miseria que se oculta como una vergüenza y que no se confiesa sino á fuerza de humildad, á menos que no sea á fuerza de orgullo, y volvía desesperado de haber da-

do varios pasos en vano sin encontrar nada. No esperaba sino un milagro. Tenía la cabeza baja y mis ojos se fijaban sobre..... nada. Fijáronse, por último, en el hueco de dos piedras donde me parecia percibir un objeto negro.

Me bajé.

Era una cartera casi del tamaño de un porta-monedas. Hacia un instante que me habia yo dicho interiormente:

—¿Si tuviese la suerte de encontrarme un billete de Banco!

Y buscaba ansiosamente sobre la acera recogiendo todos los pedazos de papel que veía. Me paré avergonzado de mi tontería y traté de dar un giro á mis ideas que tu-



viere mas sentido comun. Y precisamente en el momento en que menos pensaba encontrar algo, y en que esto me parecia un absurdo, caia una cartera en mis manos.

Lo que sentí es imposible decirlo.

Muchas veces habia reflexionado en una situacion análoga, pero no me habia formado una idea completa de las emociones que sentia entonces.

Me acometió una debilidad que se tradujo en frio en mis huesos, en sudor en mi frente, y un temblor nervioso, acompañado de tan fuertes latidos en el corazon que me sofocaban.

La reflexion me volvió la tranquilidad.

Habia tenido tan pocas veces felices casualidades, que me convencí no encontraria sino papeles insignificantes en la cartera.

Me la metí en mi bolsillo y continué mi camino muy preocupado.

Apenas habia dado algunos pasos, cuando vi á lo lejos, á la luz de los faroles del gas, un hombre que venia hacia mi lado.

La agitacion me turbaba los ojos. Me pareció que aquel hombre se bajaba y buscaba alguna cosa. Encontré tan verdad la ilusion que tuve miedo. Me imaginé de repente que aquel hombre era el dueño de la cartera y que esta contenia valores importantes.

Quiero ser sincero. Un sentimiento no muy honrado se suscitó en mi imaginacion. Me puse á correr cuanto podia sin saber á donde iba. En mi vértigo me zumbaban los oídos; mi respiracion producía un ruido análogo al de un fuelle de fragua, lo que me hizo pensar un momento que iba á ponerme malo. Esas pesadillas en las que uno trata de salir de la inercia de sus miembros, no hacen tanto padecer.

Despues de haber corrido mas de veinte calles, llegué en fin á la bohordilla donde me recogia. Me arrojé á la puerta y la cerré con febril violencia, deteniéndome un poco para respirar.

Se doblaban mis piernas; me agarré á la barandilla y subí los escalones uno á uno. La sangre de mi corazon saltaba como una cabra y parecia querer abrir mi pecho con sus saltos. La misma reflexion que antes me habia calmado me calma segunda vez.

—Soy un loco, me dije; nada habrá aqui dentro.

Entonces un poco mas tranquilo, me senté delante de una mesa, encendí un fósforo y con él una vela de sebo, y saqué la cartera de mi bolsillo.

Noté que temblaban mis manos como atacadas súbitamente de parálisis. ....

Era una cartera de tafíete, color verde botella, sin broche.

Jamás lectura de la mejor novela me causó interés mas vivo. Tenia cuatro bolsillos ó compartimientos y uno de ellos se cerraba con un pasadorcito.

Respiraba con dificultad.

Vací los tres bolsillos abiertos que contenian simplemente, primero, un recibo de alquiler de casa; segundo, dos cartas; tercero, un recibo de mil doscientos reales prestados; cuarto, un pedazo de tafetan inglés para cortaduras; quinto, un trozo de encage muy viejo; sexto la receta de una tisana refrigerante; y sétimo, la cuenta de un peluquero.

Quedaba el bolsillo cerrado. Lo abrí muy resfriado por el hallazgo de las cosas anteriores.

Hice mal, porque saqué con grande emocion, que se comunicó á toda mi carne como una corriente eléctrica, un billete de Banco de cuatro mil reales doblado en cuatro partes.

¡Oh, qué sensacion! No sé cuanto tiempo permanecí estasiado delante de aquel papel de seda lleno de dibujos y geroglíficos, cuyas letras, C, U, A, T, R, O, M, I, L, R, E, A, L, E, S, me entraban por los ojos como navajas de afeitar. Una alegría inmensa se apoderó de mí.

Apenas se me ocurrió la idea de que aquel billete podia no pertenecerme. Deliraba. ¡Cuatro mil reales! ¡Esto es una fortuna! ¡Oh, Providencia! ¡Es increíble! ¡Cuatro mil reales!

¡Oh! sorprenderán tales exclamaciones; pero se sabe que la posesion imprevista de una cantidad de dinero en el colmo de la miseria altera el cerebro y perjudica á la moral.

No puedo recordar todos los cálculos, todas las combinaciones á que me entregué, todos los sueños y los castillos en el aire que formé. De lo que me acuerdo bien es que fué tan viva mi alegría que me dió calentura y no tardé en sentir atroces sensaciones. Un hombre ama á una muger con locura, que la tenga en sus brazos seguro de ser amado de ella, y se muere de felicidad; pero que dude de ella, que suponga en su corazon amor á otro, y su suplicio es comparable al tormento. Estas pruebas sentia yo! Esto me pertenece. Decia yo para mí, y sentia una emocion indecible, pero cuando dudaba de la legitimidad de mi derecho sufría mas que un condenado. ¡Qué noche! No se necesitaban muchas iguales para matar á un hombre. No dormí hasta el dia á fuerza de la necesidad.

Al despertarme estaba mas sereno. Vi la cosa bajo un punto de vista que disminuyó mucho mi alegría. Yo no habia muerto todavia, á despecho mio, á la honradez, necesitaba, pues, escuchar lo que me dictaba la conciencia.

Entre los pobres de dinero hay pocos que no hayan pensado en encontrar alguna cosa, y que no se hayan dicho igualmente por la noche al entrar en su cuarto fatigados: *¡Si pudiera encontrarme un billete de Banco!* Las gentes que no tienen una probidad de primer orden espontánea sino al contrario una probidad relativa segun las circunstancias, razonan casi siempre de la misma manera. Veinte veces se les ha oido decir casi en estos términos: *¡Si yo encontrase un billete de Banco! ¿Qué haría? lo guardaria y aguardaria; tomaria noticias exactas de la persona que lo habia perdido y de su posicion social. Si pertenecia á un pobre diablo, á un hombre como yo, á un mancebo de tienda que tuviese que sufrir por su pérdida, á un comerciante que se deshonrase por haberlo perdido, á una familia, cuya existencia representase esa cantidad, etc., lo volveria; pero si se tratase de un banquero, de un Sevillano, de un Ribas, de uno de esos hombres que encienden los cigarros con billetes, esto es, de un hombre que pierde ó gana de un golpe dos ó tres millones, ¡oh! entonces lo guardaria: antes de devolverlo á semejantes personas preferiria quemarlo. Guardándole, ¿qué mal les haria? ¿Serian por eso más ó menos ricos? ¿Irían sus negocios por eso mas ó menos bien? ¿variaría en un solo ochavo el orden de su casa y de sus goces? Sí, seguramente lo guardaria.*



Yo no aprecio la moralidad de estas razones. Lo que yo aseguro es, que de cien personas que se entreguen á estas reflexiones, las noventa y nueve al menos, profesan esta teoría; porque no es precisamente para volver por lo que se desea encontrar una cosa. Por la fuerza de una inspiración irresistible yo podía estar clasificado, al menos, en esa categoría de los que quieren un hallazgo. Tenía, pues, que averiguar qué persona había perdido la cartera, y esta obligación me afligía mucho. Temía que mis investigaciones me descubriesen algún desgraciado arruinado tal vez y deshonrado por aquella pérdida. Pensaba con un interés mezclado con mucha inquietud en los medios de llegar con seguridad al descubrimiento de la verdad. Debía procurar averiguar en seguida si tenía que alegrarme ó maldecir la casualidad; en otros términos, si esta casualidad me había sido propicia ó solo había sido con el fin de recordarme mi condición y hacer mas triste mi desgracia.

Los papeles que estaban en la cartera y que apenas había mirado me ponían en camino de conocer su propietario.

Tomé, pues, la cartera, é hice un nuevo inventario de su contenido.

La primera cosa que cayó en mis manos, fué una de las cartas.

Tenía el sello de Toledo y era dirigida á doña Concepcion Perez, calle de Majaderitos, núm. 4. La letra era bastante mala y con pésima ortografía.

Decía así:

«Mi querida Concepcion:

«Estoy llena de cuidado por no recibir cartas tuyas y te suplico que me escribas si no estás mala. Tengo muchas cosas que decirte y he padecido tanto, que no podrías conocer á la Luisa de antes.

«Adios, querida Concha, te abraza con todo su corazón tu antigua amiga

«LUISA SALCEDO.

«P. D. Memorias del señor don Pedro. Te mando las señas de casa por si has perdido las otras.»

Verdaderamente esto era muy sorprendente. Júzguese de mi asombro; yo conocía á aquella Luisa por haberla visto en Toledo y haberla hablado en casa de ese señor don Pedro de quien hablaba. Era una muger de unos cincuenta años. Su marido era un mozo de cordel, borracho, con quien se había casado en otro tiempo á disgusto de su familia, que la dejaba semanas enteras sin un cuarto y la zurraba de lo lindo cuando volvía á su casa. Vivía en un cuartucho en la casa de don Pedro, que era un comerciante.

Yo debía á su confianza el conocer su miseria y el abandono en que le dejaban sus parientes, en la mayor parte ricos ó bien acomodados. Su hijo mismo, muy bien establecido y ganando mucho dinero, la trataba con dureza y la tenía casi abandonada. Aquella pobre muger no hablaba de su situación miserable, sino con las lágrimas en los ojos.

¿No era extraño este encuentro? Hallaba una cartera y

dentro de ella una carta de aquella Luisa. La casualidad es caprichosa y tiene cosas muy singulares.

¿Pero quién era esa Concepcion á quien aquella muger escribía una carta tan tierna y urgente?

Cogí la cartera y saqué otro papel. Era el recibo del alquiler.

«El abajo firmado, dueño de una casa situada en Madrid calle de Majaderitos, núm. 4., he recibido de doña Concepcion Ruiz la suma de ochocientos reales por un trimestre del alquiler del cuarto que ocupa en dicha casa, vendidos en 1.º de abril de 1837. Madrid 1.º de abril de 1837.

PEDRO FERNÁNDEZ.»

Este recibo derramó algún bálsamo en mis venas, el cual pertenecía evidentemente á doña Concepcion Ruiz. Esta señora ocupaba un cuarto de doscientos sesenta reales, lo que probaba que estaba con algunas comodidades, y de consecuencia en consecuencia deduje que espropiándola, no la causaría un gran mal. Miré de nuevo el billete con placer, y comencé á calcular todas las ventajas que podría traerme su posesión.

El exámen de los otros papeles me probó que eran exactas mis predicciones acerca de la fortuna de la señora doña Concepcion Ruiz.

De la lectura del recibo y la segunda carta dirigida á la misma señora, se desprendía que prestaba dinero á las gentes de quienes en otro tiempo había sido criada.

«He recibido de la señora doña Concepcion Ruiz la cantidad de mil quinientos reales que me obligó á devolverla el 5 de abril de 1837. Madrid 1.º de enero de 1837.

DOLORES GARCÍA.»

La carta, firmada del mismo nombre y en relacion con el recibo, manifestaba un hecho grave y enteramente decisivo.

A lo que parece, la señora doña Concepcion Ruiz se ocupaba en prestar, y con buena usura. Así al menos lo espresaba la señora doña Dolores García que no usaba rodeos para escribir.

Decía así:

«La amenaza que me hace Vd. de hablar á mi marido, me aflige mucho, porque sentiré que lo sepa. Vd. tiene bastante buen juicio para comprender que esto me causaría un perjuicio irreparable sin provecho para Vd. Rompa Vd. mi recibo, que yo haré otro de dos mil reales pagadero en 8 del mes próximo. No puedo hacer á Vd. mejor partido. En el caso que esto no la convenga á Vd., la entregaré alhajas para cubrir dos veces esa cantidad. Pero por amor á Dios, no trate Vd. de asustarme, no me amenace por semejantes miserias. Vd. no puede haber olvidado cuanto la he querido en el tiempo en que era cocinera en mi casa. Esté Vd. segura que la tiene el mayor afecto

DOLORES GARCÍA.»

10 de abril de 1837.

¿Qué mas necesitaba yo saber? Por mi sistema debía





hacerme tranquilamente propietario del billete. Y sin embargo, la convicción no llenaba mi espíritu á tal punto que no me dejase duda. Era una lucha muy penosa. ¡Cuatro mil reales! para el jornalero que tiene familia y que puede alimentarse con ellos un año: ¡cuatro mil reales! para el pobre que se contenta con pan y agua, y que no tiene un cuarto: ¡cuatro mil reales! para el que no tiene ni amigos, ni recursos, ni fortuna! Cuatro mil reales quiere decir que no habrá frío, no habrá hambre, no habrá estrechez, sino al contrario, habrá desahogo. Era cosa de perder la cabeza. ¡Con qué precisión dividí yo esta cantidad, y distribuí prontamente su importe! Pagaré esto, pagaré lo otro; compraré esto y aquello. En fin, me entregaba á mi felicidad.

Para gozar en paz de mi fortuna, tenia necesidad de inventar una comedia. Podia inspirar sospechas al ver que un mendigo como yo hacia gastos. Era preciso que á los ojos de mis conocidos viviese como en lo pasado, con todas las apariencias de miseria. No me embarazaba menos el cambiar el billete. Nada hay mas sospechoso que el que un pobre de pedir limosna vaya á cambiar un billete de tanta cantidad. ¿Qué hacer pues? Resolví ocultar el billete durante algun tiempo, y obrar con gran discrecion.

Yo iba de cuando en cuando á pedir algun socorro á casa de un comerciante de la calle de Postas; allí conocia á alguno de sus mancebos, y traté con destreza de enterarme de los medios y modo de cambiar un billete.

Era de día ya, y al pasar por una de las esquinas me chocó un papel, y aun cuando me propuse no mirar ningun anuncio por no hallar en él anunciada la pérdida del billete que habia encontrado, no pude menos de ver con letras gordas uno que empezaba: Se ha perdido.... Me estremecí y leí aquel anuncio. Se trataba de un perrito inglés, y ofrecian tres duros de hallazgo. Me tranquilizé. Empero en mi cabeza habia un ruido de todos los diablos. Habia una voz que me decia ¿qué diferencia hay entre tus medios y un robo? En estilo algebráico, encontrar y no volver es igual á robar. El encontrar no constituye mas derecho que el robar. Si hubiese que establecer una division entre el ladrón y el que retiene un hallazgo, no sería ciertamente el ventajoso este. El ladrón usa en ocasiones astucia, destreza, audacia; juega su seguridad y algunas veces la vida; mas el que halla una cosa y se la apropia, goza de ella bajamente, sin riesgo, sin peligro, sin tener que temer ni aun á la injuria ni á la sospecha. En vano queria yo persuadirme de que la dueña era una vieja, avara y rica, que no lo necesitaba para vivir. Todo me inducia á creer que habia ganado mal aquel dinero; mas aun, que habia robado una parte de él. Me creia con derecho á guardármelo, yo que era un mendigo y que no sabía si tendria que comer al día siguiente.

¡Malas razones! El robo siempre es robo, hágase á un pobre ó á un rico: el mal no escusa el mal. Ante los jueces, el grado de un crimen puede atenuarse á sus ojos si la miseria lo provoca, pero ante la conciencia desaparece toda distincion: tan ladrón es el que roba un alfiler como un billete de cuatro mil reales. La conciencia me decia, pues, que era un ladrón si no lo devolvía.

Sin embargo, traté de enterarme mas, y me fui á dirigir al peluquero cuyo recibo estaba tambien en la cartera, para saber noticias de la doña Concepcion Ruiz. En mi

conversacion con éste adquirí el conocimiento de que era una muger, no solo que prestaba dinero, sino que vendia el pelo que compraba á algunas pobres jóvenes por pequeñas cantidades, y algunas ropas viejas. Esto y lo que me añadieron, me decidió á quedarme con el billete, que era á lo que yo me inclinaba. Aquella miserable usurera habia reunido al menos ochenta mil reales por medios ilícitos, y apenas gastaba seis mil al año. Tendida sobre un montón de oro estéril, dejaba en una horrible miseria á su parienta Luisa, y perseguía con amenazas humillantes á una muger tal vez joven, hermosa y buena, á quien habia servido en otro tiempo de criada. En cambio de la tranquilidad que yo trataba de darme, la conciencia me perseguía activamente. Sufria cuanto no es dado. Hubiera preferido no haber encontrado jamás aquel billete, que desde que estaba en mi mano no me habia proporcionado sino inquietudes y sensaciones crueles. Mas entonces eran horribles. Me ocurrió la idea de enviar el billete á la buena Luisa, devolver el recibo de los dos mil reales á Dolores García, y quemar el resto. ¿Pero estaba yo autorizado para hacer semejante justicia distributiva? ¿Podia yo disponer de aquella cantidad? Yo me imaginaba un hombre que cogiese billetes de banco de la caja de un banquero, para distribuirlos á los pobres.

Así pasó un día. En otro leí en el *Diario de Avisos* varios hallazgos. Los que habian encontrado varios objetos, los anunciaban para que se presentase su dueño á recobrarlos. ¡Qué leccion! Tiré el *Diario* con cólera. Al día siguiente, cuando salia de mi casa, oí hablar de una pobre joven, infeliz mendiga que como yo á media noche, no lejos de su casa, habia encontrado en medio de la calle una cartera donde habia un billete tambien de cuatro mil reales, y sin titubear ni vacilar un momento, lo habia devuelto entregándoselo á la persona que le habia perdido. Esto fué para mí una revelacion. Resolví, sin embargo, aguardar hasta la mañana siguiente. Indudablemente yo era un miserable. Pagué con un cruel insomnio ese último esfuerzo de mi naturaleza viciosa. Pero fué preciso concluir. Puse la cartera en mi bolsillo, despues de haber puesto en ella cuanto contenia, y al día siguiente me fui á la calle de Majaderitos donde encontré la señora doña Concepcion Ruiz. La vieja me examinó con desconfianza; la dije á lo que iba; saltó brutalmente hácia mí, y me arrebató la cartera para examinarla. Asegurada de que nada faltaba, me miró insolentemente y me dijo: mucho ha tardado vd. en devolvérmela. La reconvencion caia tan á plomo que me aturdió. Mi confusion y mis trazas la hicieron creer que aguardaba la recompensa del hallazgo que habia prometido en el *Diario*.

—¡Hola! gruñó; doscientos reales por la pena de barse.

Volví en mí, la arrojé una mirada de desprecio á aquella pícara vieja, la volví la espalda, y salí aun sin saludarla. Estoy persuadido que agradeció mi falta de atencion.

Se retrocede ante un acto de probidad por miedo de perderla; casi se retrocede y se vacila para hacerse sacar una muela; pero en uno y otro caso, cuando se ha verificado, se siente un contento inefable. Así me ha sucedido á mí. Yo he estado á punto de cometer una mala accion; pero la influencia de la educacion que habia recibido en mi



juventud, me ha hecho triunfar de mis malas pasiones. Lo que sufrí en tres días que tuve en mi poder los cuatro mil reales, si pudiese volver á tener otra tentación, bastaría para sostener mi virtud en lo sucesivo.»

Esto contaba un mendigo á un joven caballero que se hallaba cerca de las orillas del Manzanares, meditando en la composicion de una obra sobre moral, y al que se habia acercado á pedir una limosna. Afable el caballero, habia

socorrido al anciano mendigo, y este le habia referido la historia que nosotros acabamos de transcribir, que hará conocer á nuestros lectores que una mala accion, aun cuando de ella pueda resultar algun bien al que la comete, lleva consigo el mas severo castigo, que es la agitacion, la inquietud y el tormento de la conciencia.

C. DE F.

## ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

### PICO DE LA MIRANDOLA.

Juan Pico de la Mirandola ha quedado entre los niños precoces como el mas célebre, y como el que el vulgo cita con mas frecuencia.

Todo el mundo sabe que desde la infancia era un prodigio de memoria. Cuéntase que despues de haber leído tres veces dos páginas de un libro, las repetía sin equivocarse, ó en el orden natural ó al revés: lo que no es facil de creer. Dícese tambien que á los diez y ocho años sabia veinte y dos idiomas; lo que parece dudoso, á menos que no supiese de estas veinte y dos lenguas mas que los primeros elementos.

En fin, se lee en todos los autores contemporáneos que á la edad de veinte y cuatro años sostuvo públicamente tesis solemnes sobre todos los objetos de las ciencias, sobre todos los conocimientos humanos *omni re scibili*, (de todo lo que es posible saber). Pero es sabido, dice un bibliógrafo, que esta especie de conclusiones no era mas que una como parada ó alarde de que se salia bien con una tintura bastante ligera de las ciencias, un poco de firmeza y facilidad en el hablar.

Ademas, aquellas conclusiones de *omni re scibili*, se llamaba á mil cuatrocientas cuestiones que ha hecho imprimir á la cabeza de sus obras, tales como se habian puesto por las esquinas de Roma, excepto que corrigió trece proposiciones que el papa Inocencio VIII habia censurado, porque era sumiso cristiano.

Lo que en vida le dió un brillo cuyo reflejo conserva todavía su nombre, es: primero, que era de una ilustre familia, que era príncipe, y que además estaba realmente dotado de cierto mérito. Pero justificó lo que frecuentemente se dice, que no se puede tener un escaso de memoria sino á costa del juicio. Esta preciosa cualidad es la que mas le faltaba, como puede verse en sus obras que han sido impresas en Bolonia en 1495, y reimpresas en Basilea en dos volúmenes en folio, en 1573. Combatía la astrologia en un sentido, y la estudiaba en otro, y se ocupaba tambien en las ciencias ocultas, lo que ha hecho que algunos escritores le hayan colocado entre los magos, y le hayan supuesto que tenia un demonio familiar, necedad absurda, pues que vivió siempre cual fiel cristiano, y murió con ad-

mirables sentimientos de piedad. La muerte de Pico de la Mirandola se verificó en Florencia en el mismo día en que, el rey Carlos VIII de Francia, hizo su entrada victoriosa en aquella ciudad. Tenia nada mas que treinta y dos años. Esa es la suerte de los niños precoces: desarrollarse prematuramente, envejecer pronto, y morir jóvenes. Por otra parte, semejante fuerza de imaginacion solo se desarrolla á costa del verdadero talento, y no es al génio prematuro y universal al que mas beneficios debe la causa de la humanidad.

## METEOROLOGIA.

### LA TROMBA.

La tromba es un meteoro extraordinario que aparece en el mar en los tiempos cálidos y espone los navios al mayor peligro. Es una densa nube de la cual una parte se halla en un movimiento rápido y circular como alrededor de un eje, causado por dos vientos que soplan directamente uno contra otro, y suele caer por su propio peso en forma de columna, ya cónica ya cilíndrica: su base está siempre en el aire y su punta descansa sobre la superficie del agua. Las trombas son vacías por dentro porque la fuerza centrífuga arroja del centro todas las partes internas. Las partes acuosas que se separan de la circunferencia forman la lluvia que cae alrededor del torbellino. Cuando el viento inferior es el mas fuerte, entonces la tromba se halla elevada en el aire, se oye un ruido sordo, y algunos silbidos agudos.—Por donde cae este turbion causa muchos estragos, por la cantidad de agua, y algunas veces de granizo que derrama. Suelen ser bastante frecuentes en algunas costas del Mediterráneo cuando el cielo está nublado y soplan algunos vientos contrarios ú opuestos. Desde alguna distancia parece que se componen del agua del mar que se eleva en alto. Si por desgracia se precipitase inopinadamente sobre un navío le haria sumergirse en un momento.

En el mes de julio de 1755, durante una tempestad que los calores excesivos produjeron en Baviera, un trueno terrible abatió una nube entera que se elevó perpendicularmente en forma de tromba marina. Este torbellino pasó



sobre un estanque, absorbió el agua y la hizo levantar a una altura prodigiosa; después la esparció con tanta fuerza, que parecía humo densísimo. La nube derribó varias casas, y desarraigó muchos árboles, que fueron hallados muy lejos. En 5 de agosto de 1750, apareció cerca del mar Báltico una columna de agua pegada á una nube, que el viento di-

rigió á la tierra, y atraía hacia sí todo cuanto encontraba, matas, abrojos, ramas de árboles, haces. Los elevaba á la altura de treinta pies, los retorcia, y después los dejaba caer hechos pedazos. Se dice que se rompen y disipan estas trombas, tirando contra ellas algunos cañonazos.

## ESTUDIOS ANECDOTICOS.

### LA CASA DESIERTA.

—¿Qué hace ese joven? ¿Por qué se mira así en un espejo en medio de un paseo público? Preciso es que tenga perdido el juicio.

—No lo dudeis, es medio loco; es un personaje que nos pinta Hoffman. Uno de estos días ha reparado entre las suntuosas casas que adornan el lado derecho del boulevard, una casita de un solo piso, mal cuidada, triste, silenciosa y deshabitada, según todas las apariencias. Su primer pensamiento ha sido el de que el propietario de aquella casa había hecho mal en dejar abandonada una finca que, en semejante barrio, podría producir una renta considerable.

Era natural tener esta idea: debe ocurrírsele á cuantos pasen. Pero un personaje de Hoffman no podía limitarse á una inspección tan sencilla. Nuestro joven se ha dicho á sí mismo, que había algún gran motivo para no reparar ó reconstruir aquella casa y que podría muy bien suceder que no estuviese deshabitada como parecía; y sin duda trataba de descubrir un extraño misterio....

Una vez turbado su espíritu con estas conjeturas, no ha sido libre de pensar en otra cosa. Ha tomado informes y le han respondido que la casa servía de oficina á un confitero que habita el cuarto bajo de la casa inmediata. ¿Qué desengaño tan inesperado! ¿Qué haría, pues?

El joven ha entrado en casa del confitero y le ha hecho hablar.

El buen hombre le ha respondido que en efecto, había determinado alquilar la casa para poner allí su horno; pero que había sido rechazada su proposición. Ha añadido al mismo tiempo, que se oían singulares ruidos dentro de aquella habitación misteriosa, que sentía extraños olores y que ciertamente había al menos dos personas, aunque jamás habían visto mas que á una de ellas; un criado viejo, sordo, riguroso, que no respondía mas que por monosílabos ó risas sarcásticas á las preguntas que le dirigían.

Nuestro héroe de novela tenía pues razón. ¡Misterio! ¡Misterio! desde aquel momento se halla clavado sobre aquel boulevard delante de la casa, mirando incesantemente la puerta y las ventanas.

Por último, ha llegado en un rápido instante á entrever un lindo brazo blanco que alzaba las cortinas de la ventana, y ponía un vaso de cristal en ella.

Con esto se ha redoblado su emoción y curiosidad, y

sobre todo, la invencible voluntad de ver cual es la joven cautiva, encerrada en aquella encantada prisión. Sin embargo, teme que los vecinos noten su constancia en espiar las ventanas. Aparenta comprar á un vendedor que acala de pasar, un espejito, con cuyo auxilio puede ver lo que pasa en la ventana de la casa aunque tenga vuelta la espalda.

Bien pronto ve volver á presentarse no solo el brazo, sino también un lindo rostro pálido, y tras de él cree descubrir que va á pedir su socorro. Pero de pronto quedó petrificado y no era fácil arrancarle de aquel banco, cual si se hubiese transformado en una estatua de bronce unida al pedestal de mármol. En aquel momento su honrado consejero, que le sorprende en aquella situación y que ha adivinado bien su estratagema, le dice:

—Cuidado, joven, cuidado con los espejos encantados.

¡Terribles palabras! Aquel brazo, aquel rostro, ¿no serían por casualidad sino pura visión? ¿Sería verdaderamente el espejo la obra de algún alquimista? Pero recuerda que ha visto ya el brazo con sus propios ojos antes de comprar el espejo. No se deja desanimar por el irónico consejo de aquel hombre: va, pues, á perseverar en su empresa. ¿Qué descubrirá al fin? Nuestros lectores pueden buscarlo en el cuento titulado *La casa desierta*; les advertimos únicamente que no encontrarán recompensa en su trabajo.

Hoffman imagina para terminar el cuento, que la casa sirve para guardar á una vieja que se había vuelto loca por una pasión no correspondida. El criado viejo se ve precisado algunas veces á azotarla para impedirla se entregue á furiosos transportes y á excesos contra ella misma. El brazo blanco y el lindo rostro pertenecen á una joven pariente de la loca que había venido á visitarla. Un novelista ordinario hubiera partido de aquí para comenzar una historia de amores entre el joven curioso y aquella hermosa; pero á Hoffman no le gustan los sucesos comunes de las novelas. Desde que su héroe llega á la certidumbre de lo que trataba de investigar, le envía á asegurar su razón, muy comprometida, en medio de la naturaleza de una aldeita distante. Después de lo cual no vuelve á hablar de él, y como dicen en Castilla, *colorin colorado mi cuento se ha acabado*.

¿Qué moral se puede sacar de esta extravagante concepción? ¿Diremos que si aquel joven hubiese aplicado la fuerza de perseverancia y su fina sagacidad en el estudio de un problema científico, tal vez hubiera llegado á hacer



un descubrimiento útil? Este es un hecho evidente. ¿Podría comentarse de otro modo aquel esfuerzo del espíritu de Hoffman para penetrar tan lejos como es posible en lo desconocido por las apariencias ordinarias? Seguramente,

lo infinito se estiende por todas partes en torno nuestro y en todos sentidos. Crear en lo conocido todos los caracteres y todo el juego de las pasiones humanas es una ilusión. Si hay demonios de toda clase en la tierra, hay tambien



Con el auxilio del espejo puede ver lo que pasa en la ventana de la casa.

ángeles. El instinto de la curiosidad produce las combinaciones de los pensamientos y las acciones de la imaginación mas poderosas, y que los poetas ó novelistas no consiguen entrever ni aun en sus mas atrevidos sueños; pero no es raro dejarse llevar del impulso de nuestra curiosidad mas

allá de ciertos limites formando el baluarte de lo imposible en que se espone á perder el sentimiento de la realidad. Contentémonos, pues, con no ser nunca ni demasiado afirmativos ni intolerantes.